

Todo tuyo

JUDITH
GALÁN



TODO TUYO

Judith Galán

Copyright ©Judith Galán, Septiembre 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en esta historia son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso.

Sonia, todo tuyo...

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1 – SONRISA MUDA

CAPÍTULO 2 – EL VAGABUNDO DE LAS FLORES

CAPÍTULO 3 – ENVUELTA EN ÉL

CAPÍTULO 4 – LLEGÓ SIN AVISAR

CAPÍTULO 5 – ¿MITAD Y MITAD?

CAPÍTULO 6 – UNAS MILÉSIMAS DE SEGUNDO

CAPÍTULO 7 – A TRAVÉS DEL CRISTAL

CAPÍTULO 8 – SUS RAREZAS

CAPÍTULO 9 – AZUL TURQUESA

CAPÍTULO 10 – DOS VIDAS ROTAS

CAPÍTULO 11 – SU MIRADA AZUL

CAPÍTULO 12 – LA QUISE PARA MÍ

CAPÍTULO 13 – BONDADOSA Y VALIENTE

CAPÍTULO 14 – HE TOMADO UNA DECISIÓN

CAPÍTULO 15 – JAMÁS ME PERDONARÉ POR AQUELLO

CAPÍTULO 16 – MECIÉNDOSE EN MI MANO

CAPÍTULO 17 – AQUÍ ESTÁS A SALVO

CAPÍTULO 18 – ¿DÓNDE ESTABA ÉL?

CAPÍTULO 19 – YA NO HABRÁ MARCHA ATRÁS

CAPÍTULO 20 – UN LAZO INDESTRUCTIBLE

CAPÍTULO 21 – NOS BESAMOS

CAPÍTULO 22 – LA CHICA DE DUDOSA DISPONIBILIDAD

CAPÍTULO 23 – EL ÚNICO QUE LE RECORDABA

CAPÍTULO 24 – LA MORDEDURA DE DRÁCULA

CAPÍTULO 25 – NO TE DEJARÁ ESCAPAR

CAPÍTULO 26 – NUNCA TE ABANDONARÉ

CAPÍTULO 27 – LA CAMISETA DE LA SUERTE

CAPÍTULO 28 – A PESAR DE SUS VEINTE AÑOS

CAPÍTULO 29 – TÚ LE HABRÁS MATADO

[CAPÍTULO 30 – LOS DEDOS DE SU MANO](#)

[CAPÍTULO 31 – EL LATIDO DE MI CORAZÓN](#)

[CAPÍTULO 32 – EN SILENCIO](#)

[CAPÍTULO 33 – LAS FIESTAS DE SANT ANTONI](#)

[CAPÍTULO 34 – EL MAYOR BATACAZO DE LA HISTORIA](#)

[CAPÍTULO 35 – FUI YO](#)

[CAPÍTULO 36 – PROMÉTEMELO](#)

[CAPÍTULO 37 – VIVIR CAUTIVA EL RESTO DE MIS DÍAS](#)

[EPÍLOGO – TODO TUYO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

PRÓLOGO

MARCOS

El padre de Raúl me estaba explicando una de sus historias del pasado, cuando era fotógrafo y él y su mujer viajaban por África para realizar un reportaje sobre la tribu Mursi. Movié las manos sobre su piel para que me imaginara los dibujos que los miembros de la tribu pintaban con tiza blanca en sus cuerpos. Me contaba que aquellas pinturas eran una estrategia de seducción y, aunque su conversación se estaba tornando sumamente interesante, en aquel instante desconecté. No podía quitarme de la cabeza los ojos de ella, las lágrimas corriendo por sus mejillas y su temor.

Inspiré profundamente. Desde aquella noche apenas había podido conciliar el sueño y cuando pensaba en ella la rabia paralizaba mis pulmones. Inspiré de nuevo, con fuerza, a veces incluso respirar me resultaba doloroso. ¡Joder! ¿Por qué me dejé llevar de aquella manera? ¿Por qué me comporté como un jodido animal en celo?

Alicia salió de la habitación donde descansaba su hermano. Raúl estaba malherido y acababa de ser intervenido de urgencia, no era el mejor momento para hablar con él, pero debía hacer acopio de todo el coraje necesario y plantarle cara. No podía demorarlo por más tiempo. Sabía que Raúl no iba a aceptarlo, que no iba a creerme cuando le confesara mis sentimientos hacia ella. Me conocía desde hacía muchos años, sabía que evitaba los compromisos y que enamorarme no entraba en mi cabeza. ¡Qué iluso había sido! Caí en la trampa como un imbécil, dejándome atrapar en el cepo que el mismísimo Cupido había colocado para mí. Y la había jodido hasta el punto de perder cualquier posibilidad de estar con ella.

Jamás me lo iba a perdonar, ni ella, ni Raúl, ni yo mismo.

Tragué saliva antes de abrir la puerta de la habitación y me acerqué en silencio. Raúl estaba recostado en la cama y Laura le rodeaba con sus brazos. Él la había encontrado y sabía que era ella, la mujer con la que quería compartir el resto de su vida. Y me alegraba por él, ¡joder! Nadie más que yo sabía lo que había sufrido Raúl y lo mucho que merecía ser feliz junto a Laura pero... ¿Por qué no podía yo disfrutar de esa misma felicidad? ¿Acaso yo no merecía sus abrazos o sus besos?

—Perdonad... —Al oír mi voz, la pareja se separó unos centímetros—. Raúl, tengo que hablar contigo, ahora.

La inquietud cambió el gesto de mi amigo. Supuse que detectó la tristeza en mis ojos y miré a Laura buscando su apoyo. Ella lo sabía todo y cuando asintió levemente con la cabeza me transmitió las fuerzas necesarias para continuar.

—¿Debo preocuparme? —preguntó Raúl.

—Tengo que contarte algo.

PRIMERA PARTE

LAURA Y RAÚL

LAURA

CAPÍTULO 1 – SONRISA MUDA

La tarde de aquel viernes Sonia y yo habíamos salido de compras. Era el primer día de rebajas y quisimos aprovechar al máximo las ofertas para renovar nuestros armarios, tan necesitados de ropa menos desgastada por los lavados y más apropiada para la moda del momento.

Había acabado ya la carrera de Turismo y las prácticas en una agencia de información turística de la ciudad, después de pasarme seis meses trabajando largas horas delante de un mostrador por apenas trescientos euros al mes. Afortunadamente, después de repartir decenas de currículums a hoteles, centros de convenciones, agencias de viajes y empresas organizadoras de eventos, un hotel de dos estrellas me había contratado como recepcionista. Empezaría a trabajar el lunes siguiente y aunque ya me habían facilitado las americanas, camisas y faldas que componían el uniforme, necesitaba urgentemente actualizar mi vestuario.

No se trataba del tipo de hotel en el que podría desarrollar mi formación y mejorar mis aptitudes, pero estaba situado en una zona céntrica y cercana a algunos museos y monumentos artísticos, así que bien podría practicar el inglés o el francés con los turistas que se hospedaran para visitar la ciudad. Cinco idiomas fueron el motivo principal por el cual aquel hotel aceptó mi currículum: el castellano como lengua materna, el catalán, el francés, el inglés y la lengua de signos. Sí, tanto mis padres como yo aprendimos la lengua de signos cuando tenía quince años, después de que naciera mi prima Paz, una niña maravillosa que llegó al mundo para regalarnos su preciosa sonrisa, una sonrisa muda, carente de palabras, de sonidos, pero colmada de una dulzura y una musicalidad que todos los que la adoramos apreciamos como la más hermosa de las melodías.

Según me explicó Rafael, el que iba a ser mi encargado en dos días, cada año el hotel recibía la visita de más de una pareja de sordos y a las recepcionistas les resultaba complicado comunicarse con ellos, así que vieron en mí la salvación a sus problemas.

—Laura, ¿qué te parece este conjunto? —me preguntó Sonia mientras salía del probador.

Había elegido una faldita corta plisada con cuadro escocés y una camiseta ceñida con un escote discreto.

—Estás genial, te queda de fábula.

—¿Estás segura? No sé... ¿no es demasiado atrevido? —me preguntó mientras observaba su menuda figura en el gran espejo del probador.

—Sonia, tienes un cuerpo bonito, no sé de qué te avergüenzas. Entiendo que no quieras ir enseñando demasiado pero deberías dejar de lado esa inseguridad y mirarte al espejo con mejores ojos. —Me acerqué a ella por detrás, sujeté su barbilla para que contemplara el reflejo de su rostro y le sonreí—. Mira, mira qué cara más guapa: una boquita para comérsela, ojos de leona y un cabello negro ondulado por el que muchas modelos matarían. Seguro que esta noche triunfas con esta faldita.

Sonia sonrió y yo hice lo mismo.

—Pero ya lo sabes, luego, una vez estoy delante de un chico que me gusta, soy incapaz de hablar...

—Porque te falta confianza o porque no has conocido aún al chico adecuado...

—Laura —suspiró ella—, para ti es todo tan fácil, eres guapa, simpática y cuando estás delante de los chicos son ellos los que se quedan sin palabras. Mira Miguel, hasta que hablaste con él le tuviste comiendo de la palma de tu mano...

—Sonia, no fue para tanto, él solo lo intentó... Pero ya sabes que no estoy preparada aún para tener una rela-

ción sería, paso... ahora debo estar concentrada en mi nuevo trabajo y en aprender el oficio.

Y así era, o al menos así pensaba en aquel momento. Tenía veinticuatro años recién cumplidos y enamorarme, prometerme y casarme no entraba en mis planes. Mis relaciones sentimentales se resumían en tres chicos, tres veranos y tres "ya nos llamaremos". No estaba en contra del matrimonio, ni de los noviazgos, simplemente no era mi momento.

Y Miguel era uno de los tantos chicos que había intentado que cambiara de idea respecto a ir más allá de una relación amistosa. Aunque, afortunadamente, y a pesar de mis múltiples rechazos, con Miguel habíamos llegado a un pacto no firmado, un acuerdo que los dos respetábamos al máximo: él dejó de insistir y yo lo incluí en mi lista de mejores amigos. Además de un morenazo guapo de ojos negros, Miguel era muy divertido, siempre nos hacía reír con sus bromas o sus chistes malos y tanto mis amigas como yo le hicimos un hueco en nuestro grupo dispar.

Solíamos salir juntos los viernes y sábados a tomar unas copas después de cenar cada uno en su casa, porque la economía no daba para más, y acabábamos la noche bailando en alguna discoteca o sala de conciertos. Nuestro grupo dispar se componía de: Miguel el chistoso, Sonia la tímida, Natalia la alocada y Laura la bondadosa. Sí, mis amigos me pusieron ese mote porque según ellos yo siempre acudía al socorro de los más desamparados. "Ya está aquí la abogada de los pobres" me decía Natalia en numerosas ocasiones, "la defensora del pueblo" me recriminaba Miguel. Y es que tanto él como Natalia no tenían pelos en la lengua y cuando conocíamos gente nueva no tenían miramientos a la hora de expresar lo que opinaban de ellos o los asustaban con sus prejuicios, a pesar de las veces que yo había intentado rebajar la tensión. En varias ocasiones perdimos la posibilidad de ampliar el grupo y eso me exasperaba. A mí siempre me ha gustado interactuar con el resto de la especie humana y ellos parecían odiar todo lo que

saliera de su círculo amistoso. A excepción, claro está, de que alguno de los dos buscara compañía para intercambiar fluidos. Porque para eso sí sentían la necesidad de ampliar su círculo. Algo para lo que ambos tenían una facilidad innata. Muchas veces me pregunté por qué no se habían liado aquellos dos. Supongo que la razón era obvia: eran iguales, se hubiesen acabado tirando la vajilla a la cabeza.

—¿Recuerdas que esta noche he quedado con Marcos y sus amigos?

—Lo recuerdo. ¿A qué hora?

La semana anterior Sonia se había reencontrado con Marcos en la boda de su primo. Al parecer ambos eran primos del novio y habían compartido mesa con el resto de los parientes solteros. Sonia me llamó entusiasmada el día siguiente, explicándome las mil y una cualidades de Marcos: simpático, guapo a rabiar, inteligente, divertidísimo, alto, moreno, melenita, ojos azules, buen físico... y a partir de ahí, desconecté, ya no recuerdo el resto de adjetivos. A mí un chico tan perfecto me resulta altamente extraño, quimérico... vamos, un imposible. Pero ella estaba ilusionada y yo solo podía cruzar los dedos para que ese portento de hombre no le hiciera daño a mi amiga.

—A las doce en *El Midas*. Es el bar de copas de un amigo suyo. Miguel también va a venir.

—¿Y Natalia?

—No, dice que tiene reunión familiar.

Perfecto, si Sonia tenía alguna posibilidad con Marcos, mejor que Natalia no metiera las narices. Su físico y su desparpajo eran un delicioso anzuelo para los hombres y Natalia sabía perfectamente cómo lanzarles la caña. Así que, al menos el primer día, mejor que Natalia no le hiciera sombra a la pobre Sonia y mi tímida amiga pudiera brillar con luz propia. Y esa faldita de cuadros escoceses iba a ser la purpurina que encandilaría al tal Marcos.

—¿Te llevas el conjunto?

—Vale... me lo llevo.

Bien. Ya solo faltaba que esa noche no se tragara la lengua y quedara muda delante del chico, como solía hacer.

Y a las once en punto estábamos todos ante la puerta del bar. Miguel se acercó hasta allí en autobús, Sonia en metro y yo pude ir caminando, puesto que se encontraba a apenas dos manzanas de casa de mis padres. Más tarde ya volveríamos en un taxi compartido, como hacíamos muchas noches, y así evitar los controles de alcoholemia.

El local del amigo de Marcos era muy amplio y nada ruidoso. Grandes mesas rodeadas de sillones de terciopelo y tres barras repletas de gente. Sonaba "Te he echado de menos" de Pablo Alborán y la luz no era demasiado tenue. Un lugar ideal para charlar sin tener que gritar y para contemplar los ojos de tu interlocutor. Algo que una persona como yo, conversadora por naturaleza, agradece sumamente. No pude evitarlo, pero pensé que así podría estudiar mejor a Marcos y conocer por sus miradas y sus gestos cuáles eran sus intenciones con respecto a Sonia. Laura, la bondadosa y la protectora. Esa era yo.

Estábamos abriéndonos paso entre la multitud cuando Sonia vio a Marcos sentado en una de las mesas grandes. Él movía los brazos para hacerse ver de una forma algo exagerada a la par que divertida. Y a medida que nos acercábamos, aquel chico empezó a gustarme cada vez más, sobre todo cuando abrazó cariñosamente a Sonia y la elevó unos diez centímetros del suelo. La besó en las mejillas y nos dirigió una sonrisa. Sí, realmente parecía un chico encantador.

—¿Me vas a presentar a tus amigos, casi prima?

—Ellos son Laura y Miguel. Chicos, él es Marcos, mi casi primo.